

El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional*

◆ *Sergio Morresi*

En parte de la literatura especializada sobre la última dictadura sufrida por la Argentina suele hacerse hincapié en la incapacidad de los protagonistas para conformar una ideología política coherente con sus postulados, métodos y objetivos y que fuera asimilable por el heterogéneo conjunto de intereses que amalgamaba el Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Aunque es cierto que el régimen *de facto* surgió con una lógica de legitimación basada en el combate a la subversión que se mostró efectiva, al menos durante los primeros años de la presidencia de Jorge R. Videla (Canelo, 2008; Quiroga, 2004), las afirmaciones sobre la incoherencia ideológica del mismo parecen justificadas por la presencia -tanto en el seno como en la periferia del gobierno dictatorial- de distintos grupos con ideas contrapuestas entre sí (comúnmente, llamados “nacionalistas” y “liberales”, cf.

* Una versión anterior de este trabajo fue presentada con el título “La democracia de los muertos. Algunos apuntes sobre el liberalismo-conservador, el neoliberalismo y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional” en las XI° Jornadas Interescuelas de Historia, San Miguel de Tucumán, en septiembre de 2007. Agradezco los comentarios que en esa ocasión realizaron Luciano Alonso, Gabriela Águila y Daniel Lvovich. Asimismo, quisiera agradecer las recomendaciones del evaluador anónimo de este artículo.

◆ UNGS (Universidad Nacional de General Sarmiento) - CONICET

Jordán, 1993; Pucciarelli, 2004). El objetivo de este trabajo es brindar elementos que sustenten la hipótesis de que, pese a las importantes diferencias que había entre estos grupos, los mismos tenían en el liberalismo conservador un sustrato ideológico común que posibilitaba la interacción y la compatibilización de políticas incluso más allá de su acuerdo básico sobre la lucha antiliberal.

En este sentido, buscamos retomar el trabajo de Hugo Quiroga (2004) que muestra los esfuerzos que la dictadura efectuó para proveerse legitimidad y cumplir con sus metas de transformación social y fundación de un nuevo orden. En su libro, Quiroga distinguía, siguiendo una tradición de la teoría política, entre las diferentes fuentes de legitimidad de las que el gobierno dictatorial intentó nutrirse: la legitimidad de origen (que estaría dada por la situación caótica en la que había sumido al país el gobierno “demagógico” del peronismo), la legitimidad de ejercicio (que se derivaría de la capacidad de las Fuerzas Armadas para poner en vigencia un orden) y la legitimidad de fines (que estaría asentada en los objetivos de reinstauración republicana que serían compartidos por los elementos “sanos” de la sociedad). Nosotros quisiéramos mostrar, de forma exploratoria, cómo fueron procuradas ideológicamente estas distintas legitimidades a partir del estudio de las obras de Jaime Perriau y Ricardo Zinn.

En las páginas que siguen proponemos, en primer lugar, clarificar la categoría “liberalismo- conservador” para, luego, rastrear la presencia de esta ideología política en dos de los referentes intelectuales que impulsaron la instalación y el despliegue del PRN. Sobre el final, arriesgamos una hipótesis que liga el pensamiento liberal-conservador del PRN con el neoliberalismo que, con posterioridad a 1983, se impuso en la Argentina. En este sentido, y de modo subsidiario, se espera diferenciar la ideología política del PRN de las propuestas neoliberales.

1. El liberalismo conservador como idea política

De acuerdo con una línea de interpretación clásica en la que se destaca el abordaje de Carlos Nino (1990), el liberalismo-conservador se distingue de otros liberalismos -como el liberalismo igualitario de John Rawls (1995)- por su énfasis en la defensa del libre mercado y la propiedad privada y su rechazo a la intervención redistributiva del Estado. Esta caracterización puede parecer atractiva, sobre todo si pensamos en la forma en que algunos intelectuales latinoamericanos privilegiaron la libertad económica a ultranza al tiempo que desestimaban

las libertades políticas y civiles. No obstante presenta un inconveniente para el objetivo de este trabajo: para el jurista argentino, el liberalismo-conservador y el neoliberalismo son básicamente lo mismo; para nosotros, en cambio, se trata de dos ideologías distintas, cuyas diferencias resultan tan relevantes como sus similitudes. Así, pues, en esta primera sección vamos a tratar de ofrecer una caracterización algo más compleja del liberalismo-conservador¹.

Siguiendo la definición de Norberto Bobbio (1999), entendemos por liberalismo un sistema de ideas y prácticas que deduce su legitimidad del consentimiento de los individuos y propende, en economía, al imperio del mercado, y, en política, a la presencia de un Estado que gobierne lo menos posible. Esto implica que el liberalismo 1) protege la propiedad privada, incluyendo la propiedad privada de los medios de producción y 2) ergo, protege la existencia de un mercado de trabajo, al mismo tiempo que 3) procura un Estado de poderes limitados (Estado de derecho o constitucional) y 4) se inclina por un Estado de funciones limitadas (Estado mínimo).

Si aceptamos esta caracterización general del liberalismo podemos pasar a detallar cuál es el contenido específico que diferencia al liberalismo conservador del liberalismo en general. Tomando como base las ideas de Ángel Rivero (1998), William Harbour (1985) y Michael Oakeshott (2000), diremos que el liberalismo-conservador es una variante del liberalismo que 1) valoriza la experiencia sobre la teoría y es contraria al racionalismo (es decir, a las abstracciones y a las idealizaciones, lo que comporta, en general una antropología más bien pesimista), 2) es moderada y prudencialista en cuanto al cambio social, 3) se opone a las redistribuciones progresivas de los bienes y recursos, pero no a la acción estatal que garantiza un orden, orienta a la economía y protege los derechos. Además, se trata de una tradición que se muestra 4) temerosa de la democracia (por sus tendencias populistas y por entrañar el peligro de desembocar en una demagogia o en una tiranía de la mayoría) y 5) respetuosa de la sabiduría de las tradiciones e instituciones heredadas (a las que se siente obligada a restaurar cuando son atacadas de modo sistemático por factores exógenos).

A diferencia del conservadurismo a secas, el liberalismo-conservador no es contrario a un rol importante del mercado en la economía. Tampoco se opone de modo frontal al cambio social, ya que lo acepta si se produce de modo gradual, ni al individualismo, ya que no cree que tenga efectos necesariamente disolven-

¹ En la última sección volveremos sobre esta cuestión para señalar las principales diferencias entre el liberalismo-conservador y el neoliberalismo.

tes. Por otra parte, y distanciándose de lo que podríamos llamar el liberalismo clásico, el liberalismo-conservador cree en la importancia de un orden social de tipo jerárquico y, aunque comparte la idea liberal de libertad, cree que sus límites deberían ser fijados mucho más estrechamente que lo que habían sostenido los liberales (Harbour, 1985).

Según ha sido establecido por ciertos historiadores y politólogos argentinos, la ideología que asumieron las elites gobernantes argentinas después de la batalla de Caseros puede ser identificada como liberal conservadora (por ejemplo, Gallo, 1980; Gallo, 1987; Gallo y Cortés Conde, 1986; Botana, 1984; 1991; Halperín Donghi, 1987; Botana, 1985). Desde esta óptica, habría sido el sistema de ideas liberal conservador el que permitió erigir un puente entre una república restringida y un liberalismo democrático participativo a comienzos del siglo XX. Natalio Botana y Ezequiel Gallo señalan, además, que el liberal conservadurismo argentino, ejemplificado en pensadores como Sarmiento y Alberdi, es una ideología que no abrevia en la tradición liberal más amplia, sino apenas en dos de sus vertientes: los doctrinarios franceses y el liberalismo escocés. Se trata, entonces, de una cosmovisión que deja a un lado tanto a Rousseau y a Voltaire cuanto a Locke y a Kant, que son reemplazados por de Tocqueville, Guizot, Smith y Hume. Y se trata, también, de restar importancia a las ideas sobre la naturaleza de la humanidad que dejan paso a la investigación sobre los hombres “reales”, los hábitos, las instituciones y las condiciones económicas y políticas específicas en las que los argentinos se desenvolvían (Martínez Peroni, 2002; Botana, 1984; Gallo, 1987; 1988). Entre esas condiciones, las más preocupantes para las elites argentinas (tanto de la generación del ‘37 como de la del ‘80) eran la de la ausencia de un poder unificado y aglutinante que hiciera imposible el regreso de la guerra civil y la falta de “cultura política” de los criollos e inmigrantes que los hacía ineptos para participar de forma inmediata de la cosa pública.

Si seguimos el razonamiento de esta lectura a la que podríamos llamar “transicional”, estaríamos en condiciones de afirmar que los liberales conservadores argentinos de mediados y fines del siglo XIX anticipaban las ideas de Robert Dahl (1989) con respecto al camino más seguro para llegar a una democracia partiendo de un régimen hegemónico. Según Dahl, para que una sociedad arribe exitosamente a una poliarquía estable, es necesario que en primer lugar se garanticen una serie de libertades personales económicas y políticas a la población en general y luego, de modo paulatino, a medida que se educa a los habitantes para convertirlos en ciudadanos, se los hace ingresar en el juego político. Como

veremos en seguida, esa misma era la perspectiva que los liberales-conservadores sostuvieron durante el PRN, al que veían como una instancia de poder sólido y unívoco capaz de inaugurar una etapa de reinstalación de los derechos, deberes y garantías republicanas, a los que (luego de un tiempo prudencial durante el cual se “educaría al soberano”) se sumaría la participación plena de la ciudadanía en una suerte de democracia limitada por los valores constitutivos de ese orden que aparecía como su fundamento.

2. El liberalismo conservador durante el Proceso

Si, como afirma Quiroga (2004), el PRN buscó sustentar su poder en la legitimidad de su origen, su ejercicio y sus fines, el sustrato ideológico-político procesista, debería hallarse en el terreno que se forma por la intersección de estos tres reclamos de legitimidad. Dicho de otro modo: si es posible hablar de una ideología del último régimen militar, la misma debería ser compatible con las distintas estrategias de legitimación.

2.1. La (¿in?)coherencia del Proceso

En la literatura sobre el PRN es habitual encontrar llamados de atención sobre el carácter errático, cuando no claramente contradictorio, de sus políticas, incluso antes de que la legitimidad brindada por el combate a la subversión se resquebrajase. En general, se acostumbra subrayar que, ante la ausencia de una ideología coherente que sirviera como orientadora general, los distintos sectores civiles y militares favorables a la dictadura se enfrentaban entre sí, causando que el gobierno dictatorial avanzase y retrocediese hacia distintas direcciones de forma simultánea. Desde esta perspectiva, al menos una parte importante de los fracasos del PRN serían achacables a la falta de uniformidad de las tres fuerzas armadas (Jordán, 1993; Canelo, 2008; Palermo y Novaro, 2003).

Pero de acuerdo con algunos autores la incoherencia del PRN no sólo se extendía a las acciones de la Junta de Gobierno y las Fuerzas Armadas, sino a sus mismos ideólogos. Al respecto, es ilustrativo un artículo reciente de Emiliano Álvarez (2007). Álvarez retoma algunos de los indicios de la investigación de Palermo y Novaro (2003) sobre la dictadura militar y pasa revista a cuatro

instancias culturales que tuvieron como meta brindar apoyo teórico e intelectual al PRN: el llamado grupo Azcuénaga (o grupo Perriaux), los participantes del Congreso de Intelectuales de 1978, el encuentro de las culturas presidido por Victorio Ocampo en 1977 y los artículos de la revista *Carta Política* que, editada por la Fundación Piñero Pacheco, fuera dirigida por Mariano Grondona². Desde la perspectiva de Álvarez, el primer par puede ser calificado como conservador tradicional y fácilmente asimilable al nacionalismo católico e integrista. La tercera instancia, aunque bajo el manto liberal de Ocampo, también habría estado conformada por personas cercanas al conservadurismo. La cuarta, por último, representaría una voz “modernizante” que, sin embargo, no habría tenido el volumen suficiente para imponerse ni para servir de puente con el liberalismo del proyecto económico encabezado por Martínez de Hoz, que sería, en este sentido, contradictorio con los planes tradicionalistas del grupo Perriaux o la ideología conservadora del Congreso de Intelectuales.

Sin negar el valor del trabajo de Álvarez, no parece descabellado afirmar que su conclusión es una vuelta sobre el *leitmotiv* de que la última dictadura padecida por la Argentina fue “liberal en lo económico y conservadora en lo político”. Sin embargo, creemos que, en este punto fundamental, el autor se equivoca. Por un lado, lee el orteguismo de Perriaux como rancio nacionalismo católico y a sus ideas sobre la generación del '80 como nostalgia conservadora, sin prestar atención a los temas liberales presentes en sus argumentos. Por el otro, no resalta los tintes conservadores (de tradición católica) de los liberales “modernizantes” que acompañaron al PRN (como Grondona).

Desde nuestra óptica, sólo si percibimos la particular compatibilidad política que, entre ideas diferentes, permitió el liberal-conservadurismo de personajes como Jaime Perriaux, Ricardo Zinn, José Alfredo Martínez de Hoz, Alberto Benegas Lynch, Carlos Sánchez Sañudo, Mariano Grondona, Segundo Linares Quintana y Horacio García Belsunce, comenzaremos a entender mejor la trama ideológico política del PRN. En este sentido, las distintas corrientes políticas cercanas al régimen dictatorial A partir de ese punto, pensamos, no sólo lograremos comprender mejor el derrotero político-ideológico del gobierno *de facto*, sino también la forma en la que, con posterioridad, el neoliberalismo se impuso en la Argentina. Sin embargo, en este trabajo no vamos a tratar sobre todos los

² Sobre *Carta Política*, véase el trabajo de Sivak (2005) y el testimonio del dueño del Banco de Intercambio Regional (Piñero Pacheco, 1981). Nótese -además- que los argumentos de Grondona en *Carta Política* son similares a los que expone Ricardo Zinn y sobre los que trataremos enseguida (Grondona, 1976).

intelectuales mencionados más arriba. Aunque pensamos que nuestra hipótesis de que el liberalismo-conservador fue la ideología política del proceso se muestra más fuerte cuando todos los matices son incluidos, razones de espacio nos obligan a elegir apenas a dos exponentes (Perriaux y Zinn) para tratarlos aquí³.

2.2. Perriaux y la otra generación del '80

Abogado, porteño, pupilo intelectual y representante editorial de Ortega y Gasset en la Argentina, amigo personal del filósofo Julián Marías y profesor universitario, Jaime Perriaux (1920-1981) estudió derecho en la Universidad de Buenos Aires y realizó distintos cursos de filosofía y teoría del derecho en Michigan, París y Madrid. Durante los años '40 fue, junto con José Alfredo Martínez de Hoz, uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud Democrática Argentina (AJDA). En los años '50 y '60 participó de distintos grupos políticos y gremiales (como la asociación de empresarios católicos dirigida por Enrique Shaw). Fue, además, funcionario en los gobiernos de Guido (en carácter de asesor legal), Levingston y Lanusse (ministro de Justicia). Su influencia en la gestación y el desarrollo del PRN fue, como veremos en seguida, de suma importancia⁴.

Aunque Perriaux mismo aseguraba haber firmado varios artículos bajo seudónimo, sólo han llegado hasta nosotros dos de sus obras. La primera de ellas se ocupa de un análisis crítico de las teorías jurídicas (Perriaux, 1949); la segunda, de interés para este trabajo, procura recuperar la idea orteguiana de “generación” para su aplicación a la Argentina contemporánea (Perriaux, 1970)⁵.

El filósofo español Ortega y Gasset ha tenido una indudable influencia en el pensamiento liberal-conservador en América Latina y particularmente en Argentina (Aguilar, 1998; 2004; Campomar, 2003; Cruz, 1983). Su idea de generación es, podría decirse, metódica; le sirve como instrumento conceptual para la comprensión de la estructura del cambio incesante del hombre y del mundo

³ En trabajos anteriores (Morresi, 2008a; b) ya hemos hablado brevemente de Alberto Benegas Lynch, José Alfredo Martínez de Hoz y Álvaro Alsogaray; en otro, que está en preparación, haremos lo propio con Horacio García Belsunce, Segundo Linares Quintana, Mariano Grondona y Carlos Sánchez Sañudo.

⁴ Los datos sobre Perriaux están extraídos de Seoane y Muleiro, 2001; Sebrelí, 2006; Muleiro, 2001; Muleiro y Cadenas Madariaga, 2001; Granovsky, 2001; Muleiro, 1999; Marías, 1981 y 2002 y Túrolo, 1996.

⁵ También es posible considerar como obras de Perriaux, las notas y prólogos en algunas traducciones anotadas, como la de *La civilización puesta a prueba* de Arnold J. Toynbee (1954).

en un sentido profundo (lo que Ortega llama metahistoria o historiología). Para Ortega, una generación se distingue por tener la misma edad en un “sentido vital” más que cronológico. Este sentido vital se refiere a una forma de pensamiento, a una cosmovisión compartida por los hombres (véanse los puntos I a IV de Ortega y Gasset, 2005 cuyo contenido fue publicado originalmente en notas del Diario *La Nación* en la década del ‘30). En ciertas épocas, normales, el pensamiento de una generación se siente a sí mismo como el fruto de ideas anteriores. En otras, se percibe al pasado (sobre todo al pasado inmediato que se supone como instancia de condensación de lo pretérito) como algo que es urgente reformar desde la raíz. Las primeras son épocas de filosofía pacífica, las segundas de una filosofía “beligerante” que aspira a destruir el pasado para superarlo de forma radical (Ortega, 2002). Esta operación destructiva/formativa no puede estar a cargo de la masa, pues, en esencia, las mayorías insisten en las ideologías establecidas; debe ser, en cambio la tarea de una “escasa minoría” que se ocupe de conquistar el territorio nuevo que está a su frente al tiempo que cuida sus espaldas del “vulgo retardatario” (Ortega, 2002). Para Ortega, “nuestra época” era de beligerancia; para Perriaux sucedía lo mismo: era necesario destruir el mundo de la sociedad y el Estado demagógicos para reemplazarlo por un nuevo orden liberal-conservador.

En su trabajo, Perriaux sigue la visión de Ortega y periodiza las generaciones argentinas cada quince años, muestra su carácter acumulativo y establece que las posibilidades para establecer alianzas intergeneracionales dependen de la capacidad de las elites para generar un proyecto nacional que trascienda los objetivos de la masa (Perriaux, 1970:7-10, 70-77 y 120-27, cf. Ortega, 2002). Tal como lo subraya Ricardo Zinn, la lectura de Perriaux sobre las generaciones orteguianas parece demandar a la Argentina una alianza alrededor de una nueva generación del ochenta (de 1980) y de un nuevo proyecto nacional que venga a suplantar a las generaciones de políticos “viejos”, populistas demagógicos (como Balbín y Perón) nacidos entre 1880 y 1917 (Zinn, 1976:186)⁶. Pero, ¿en qué consistía ese “proyecto nacional” para Perriaux y cuál era su origen?

Luego de volver de Francia, a comienzos de los años ‘50, y merced a amistades que habían sido forjadas cuando asistía a las reuniones de ASCUA (Asociación Cultural Argentina para la Defensa y Superación de Mayo)⁷, AJDA y los cursos

⁶ Se trataría de una alianza entre las generaciones activas (los que en ese momento tenían entre 30 y 60 años).

⁷ Perriaux, de hecho, formó parte de la Comisión Directiva de ASCUA (Fiorucci, 2001).

de Cultura Católica, Jaime Perriau se integró a un grupo de notables encabezado por Federico de Álzaga que se reunía en la confitería Richmond de Buenos Aires, a pocos pasos del estudio de Martínez de Hoz (que también era parte del grupo). El grupo editaba la publicación *Demos*, una revista de baja circulación pero de considerable influencia entre los jóvenes antiperonistas. El objetivo de ese grupo, según cuenta Carlos Túrolo (1996), era preparar planes de gobierno y estar listos para participar en política cuando se lograra derrocar a la “segunda tiranía”. Luego del golpe de estado de 1955, pero sobre todo después del triunfo de Frondizi, Perriau comenzó a realizar de forma habitual reuniones en su casa en las que se discutía de política, derecho, economía y filosofía, esa fue la semilla del llamado “Grupo Azcuénaga” que varios años más tarde sería un espacio de reunión para los que quisieran impulsar el golpe de 1976 y uno de los semilleros de los cuadros civiles del PRN, tal como testimoniaría Martínez de Hoz cuando fuera interrogado por la “Comisión Ítalo” en 1984 (cf. Murano, 2004; Muleiro y Cadenas Madariaga, 2001; Seoane y Muleiro, 2001; Túrolo, 1996; Palermo y Novaro, 2003).

En efecto, inmediatamente después de que Cámpora asumiera el gobierno, Perriau y su grupo comenzaron una lenta tarea de aunar voluntades y apoyos para un gobierno militar que veían como única salida posible al desgobierno peronista, evidenciado en la liberación de los presos políticos (Perriau, como ministro de justicia de Lanusse, había sido el creador de la Cámara Federal en lo pena, CAFEPE, el célebre Camarón) y el recrudecimiento de las operaciones armadas de los grupos subversivos. Ya en este momento surge la idea de que el próximo gobierno deberá hacer aquello que la “Revolución Argentina” no logró: reorganizar el país en sus estructuras básicas, tanto políticas, como económicas y culturales (Palermo y Novaro, 2003). Es por ello que, por las oficinas y por la casa de Perriau comienzan a desfilar militares, banqueros, empresarios industriales y agropecuarios, intelectuales y profesionales del derecho y la economía, entre los que se destacan José Alfredo Martínez de Hoz (el futuro ministro de economía de Videla, que tomaría de Perriau no sólo ideas y contactos sino también la famosa muletilla “hay que achicar el Estado para agrandar la Nación”), Juan José Catalán (secretario de cultura del y ministro de educación del PRN, autor de documentos sobre la forma de detectar las ideas subversivas en los ámbitos escolares de nivel inicial), Mario Cadenas Madariaga y Jorge Zorreguieta (ambos secretarios de agricultura de Martínez de Hoz), Horacio García Belsunce (de las academias de Derecho,

Economía, Historia y Ciencias Políticas)⁸ y Ricardo Zinn (sobre quien hablaremos enseguida)⁹.

Los dos primeros personajes nombrados, Martínez de Hoz y Catalán, parecen representar dos polos ideológicos opuestos: liberal pragmático el primero y conservador y tradicionalista (bordeando en lo reaccionario) el segundo¹⁰. Sin embargo, gracias a Perriau que actúa como anfitrión, ambas visiones (liberal y conservadora) pueden compatibilizarse en un proyecto común encabezado por las Fuerzas Armadas que, como afirman Palermo y Novaro, tenía como objetivo primordial el disciplinamiento; disciplinamiento que implicaba una restauración del orden perdido a la vez que una venganza histórica contra una clase obrera que se mostraba demasiado activa y un empresariado pequeño acostumbrado a vivir de los favores de los gobiernos “populistas”:

Pese a la apariencia de alianzas en anteriores oportunidades, esta [el golpe de 1976] era la primera vez que militares y conservadores librecambistas coincidían enteramente en el diagnóstico y la terapia: debían destruirse las bases del desorden, había que liquidar a la ‘Argentina maldita’, acabando para siempre con las insolencias de las identidades políticas y sociales de los sectores populares, sus sindicatos, sus servicios sociales y hasta buena parte de las fábricas en las que esa ‘plaga’ tenía su fundamental apoyo. Se trataba en definitiva de refundar el *ethos* de la sociedad... (Palermo y Novaro, 2003).

Así pues, el proyecto de Perriau es, en más de un sentido, el proyecto del PRN, el proyecto de la “nueva generación del ‘80”. Militares furibundamente anticomunistas convencidos de estar peleando una batalla de la tercera guerra

⁸ El hecho de que García Belsunce haya sido miembro de estas instituciones tiene su importancia, porque su calidad de académico fue resaltada tanto por los miembros del PRN (durante el diálogo político, cf. *infra*) como por el diario *La Prensa*, con el cual colaboraba en tiempos del gobierno de facto

⁹ Sobre los participantes de las reuniones, véase (Palermo y Novaro, 2003; Álvarez, 2007; Muleiro, 2001; Muleiro y Cadenas Madariaga, 2001)

¹⁰ Para Jordán (1993:131-132) podría decirse que Juan José Catalán era un liberal con un proyecto educativo “abierto” y razonable. Sin entrar a discutir puntualmente la fallida gestión de Catalán, vale la pena citar que entre los objetivos que él mismo trazó para su gestión se encontraban “la vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición nacional y de la dignidad del ser argentino y la conformación de un sistema educativo acorde con las necesidades del país, que sirva efectivamente a los objetivos de la Nación...” *Resolución del Ministerio de Educación y Cultura de la Nación, N° 538, del 27/10/77*. Asimismo, en el célebre documento *Subversión en el ámbito educativo (Conozcamos a nuestro enemigo)*, firmado por Catalán en su condición de ministro, se afirmaba que los grandes problemas de la Argentina se debían a la dislocación de los órdenes naturales “entre el patrón y el obrero, el padre y el hijo, el profesor y el alumno...”

mundial (como el general Galtieri), conservadores culturalmente reaccionarios (como Catalán), liberales pragmáticos (como Martínez de Hoz), liberales doctrinarios (como García Belsunce) y empresarios de convicciones ambiguas (como Zinn) podían no sólo compartir un diagnóstico (la necesidad de eliminar a la guerrilla y ordenar la economía) sino también una receta: un estado de tipo autoritario, un “poder unificador” capaz de reorganizar jerárquicamente a la sociedad argentina.

Ya iniciada la dictadura, Perriaux, junto con algunos miembros de las Academias de Ciencias Morales y Políticas y de Derechos y Ciencias Sociales (como Gustavo Perramón Pearson, Horacio García Belsunce y Segundo Linares Quintana) y el apoyo de empresarios y banqueros, fundó la “Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana” (SEA). La SEA fue una entidad exclusivista, “pero no elitista” de acuerdo con Perriaux, que reunía alrededor de mil miembros en todo el país. Los mismos eran reclutados entre “hombres y mujeres idóneos” para la elaboración de “planes de acción política y cultural”¹¹. Uno de los planes del SEA fue presentado al Ministro del Interior de Videla, el General de división Albano Harguindeguy, en ocasión del “diálogo político” que se abrió con personalidades y asociaciones en 1980¹². Allí, la SEA propuso un plan a largo plazo (se habla del año 2010) para el PRN que contemplaba una reforma institucional profunda que implicara, tal como lo había ya proclamado el presidente de facto, una reestructuración social de mentalidades, estructuras e instituciones. En más de un punto, el plan de la SEA no hacía más que repetir los conceptos que Ricardo Zinn, uno de los asiduos concurrentes a las reuniones de Perriaux, había dado a conocer en un libro publicado a pocos meses de comenzada la dictadura, *La segunda Fundación de la República*.

2.3. Ricardo Zinn y la refundación de la república

Ricardo Mansueto Zinn (1926-1995), contador público, ejecutivo de empresas (Sasetru, SocMa, Siam-DiTella), banquero y consultor económico fue funcionario de las presidencias de Onganía (Asesor en el Ministerio de Defensa), Levingston

¹¹ Jaime Perriaux y Gustavo Perramón Pearson, “El Ministro del Interior dialogó hoy con dirigentes de la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana,” (Buenos Aires: Ministerio del Interior - Oficina de Prensa, mimeo, 1980).

¹² Sobre el diálogo político, ver González Bombal, s/f; Lvovich (2007); Morresi (2009).

(Asesor de la Presidencia del Banco de la Nación), Lanusse (Subsecretario de Coordinación en el Ministerio de Economía) y Martínez de Perón (Secretario de Programación y Coordinación Económica). Fue él (aparentemente, con la ayuda de Martínez de Hoz) el que diseñó las pautas para el plan económico de Celestino Rodrigo, de quien era asesor¹³. Con la llegada del PRN, su pertenencia al grupo comandado por Perriau le facilitó su entrada al Ministerio de Economía¹⁴. Cuando la Argentina retornó a la democracia, Zinn se unió a la Ucedé de Alsogaray, se acercó a la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL), al Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI) y a la Asociación de Bancos Argentinos (ADEBA). También creó, en 1978, junto al empresario Gilberto Montagna, su propia entidad: la fundación Carlos Pellegrini, una institución dedicada a la promoción de los valores liberales y a la exaltación de la figura del presidente de la generación del ochenta. Luego del triunfo de Menem, Zinn participó junto con Mariano Grondona (h), del cuerpo de asesores de María Julia Alsogaray en las privatizaciones de ENTEL y SOMISA. Su última labor pública fue la de asesorar a Estenssoro en la privatización de YPF (murió junto con él en un oscuro accidente aéreo)¹⁵.

Aunque no fue protagonista de lo que podríamos llamar *strictu sensu* el “ámbito intelectual”, durante el PRN, Zinn fue gestor e impulsor de dos iniciativas de carácter educativo/ideológico que tendrían un impacto importante en las últimas décadas de la historia nacional: el Centro de Estudios Macroeconómicos de Argentina (CEMA, cuya creación en 1980 apoyó con donaciones de su propio estudio y del Banco de Italia, donde era miembro del directorio junto a los hermanos Rohm y a Franco Macri) y la Escuela de Dirección y Negocios

¹³ A pesar de que la mayoría de los trabajos (por ejemplo, Restivo y Dellatorre, 2005) sostienen que el plan conocido popularmente como “el rodrigazo” fue redactado por Zinn, Murano (2004) insinúa que el joven economista Pedro Pou también estuvo involucrado, mientras que García Belsunce (1982) afirma que Martínez de Hoz no fue ajeno a la tarea.

La manera en que llegó Zinn a imponer su plan al gobierno peronista no está clara: algunos (Restivo y Dellatorre, 2005; Jordán, 1993) hablan de contactos directos con el lópezreguismo, pero también parece factible la influencia del empresario azucarero Carlos Blaquier (cf. Sáenz Quesada, 2003).

Hay dos interpretaciones con respecto al objetivo de Zinn: una pragmática afirma que su objetivo era producir una escalada inflacionaria capaz de licuar las deudas del sector empresario, cuyos intereses representaba; la otra, doctrinaria, afirma que Zinn tenía en mente un reordenamiento general de la economía (y aquí nuevamente se dividen las opiniones con respecto a lo loable o lo execrable de este reordenamiento). Al respecto, cf., Muchnik, 1978; Restivo y Dellatorre, 2005 y Túrolo, 1996.

¹⁴ Hay fuentes que afirman que Zinn se desempeñó como asesor del Ministerio encabezado por Martínez de Hoz, sin embargo, debe haberse tratado de un asesoramiento informal.

¹⁵ Para datos sobre Zinn y las fundaciones en las que participó, cf. Restivo y Dellatorre (2005); Murano (2004); Cortina (1997); Thompson (1994); Heredia (2004) y Zinn (1996).

(IAE, hoy en día parte de la Universidad Austral, a cuyos cursos y reuniones informales de fines de los años setenta, Zinn asistía y otorgaba financiamiento). Como dijimos más arriba, a pesar de su escasa producción intelectual Zinn obtuvo el reconocimiento de amplios sectores de poder, no sólo por sus conexiones (empresariales y políticas), sino también por sus ideas, publicadas a pocos meses de comenzada la dictadura. en el libro *La Segunda fundación de la República* (Zinn, 1976). El libro se convirtió en una suerte de *best-seller*, al menos entre los sectores cercanos al Proceso, y sus ideas fueron citadas muchas veces en los círculos afines al régimen (generalmente en forma crítica, por razones que enseguida se explican)¹⁶.

El libro de Zinn es, a su modo, una síntesis perfecta de la ideología liberal conservadora que imperó durante el PRN. El volumen, que se divide en seis partes, se abre con un título llamativo: “sesenta años de decadencia” porque, para el autor, la Argentina de 1976 se encuentra al final de un proceso entrópico que habría comenzado con la Ley Sáenz Peña y la llegada del “populismo radical” a la primera magistratura. El origen de esa decadencia, sostiene Zinn, es doble: por un lado, la generación del ’80 (“la última que tuvo un proyecto nacional”) yerra en gran escala al cerrar las puertas del ascenso social a los inmigrantes que se muestran como dignos ciudadanos, por el otro, el radicalismo es incapaz de generar un nuevo plan para la república. Aquí, Zinn parece tomar en cuenta las críticas de algunos historiadores al orden conservador (cf. *supra* punto 1); hay admiración por el proyecto del ochenta, pero también cuestionamientos porque la clase gobernante se “suicida” en su cerrazón a la nueva realidad socioeconómica derivada de la inmigración que ella misma-acertadamente- promovió. Los problemas no se solucionarán, continúa Zinn, con los gobiernos conservadores de 1930-1943, ya que estos, pecando de inmediatez, tampoco son capaces de generar un proyecto de país a futuro y, para colmo, influidos por ideas nacionalistas, implementan una serie de medidas “estatizantes” (como las Juntas de Granos o de Carnes) que, a la postre, harían más sencilla la labor del populismo. En este punto, claramente, la visión de Zinn se aparta de la de otros compañeros de ruta

¹⁶ Del libro de Zinn se publicó una versión en inglés que fue favorablemente reseñada en Estados Unidos, y que contaba con una presentación del embajador estadounidense en la Argentina, Robert Hill (Zinn, 1979). También se editó una “continuación” en 1980, aunque en realidad se trataba de una versión revisada y ampliada del texto original (Zinn, 1980). El éxito de la primera edición en castellano se subraya en el prólogo de Zinn (1980) y se corrobora por las menciones de las ideas de Zinn que hicieron los miembros de la Academias de Derecho y Ciencias Sociales y de Ciencias Morales y Políticas que concurren al Diálogo Político llevado adelante por el PRN sobre el final del gobierno de Videla (Morresi, 2009).

del PRN que, como Benegas Lynch (1989), Linares Quintana (1976) y García Belsunce (1982), veían en los gobiernos de ese período una saludable vuelta hacia las instituciones y hábitos que habían hecho a la Argentina una república liberal con un futuro promisorio. El golpe de 1943 marca para Zinn (y para casi todos los ideólogos cercanos al PRN) el punto de inflexión definitivo: a la demagogia de una “interminable fiesta permisiva” se suma pronto el populismo peronista, en el que el criterio de la cantidad reemplaza al de la calidad, que “sumerge a los individuos en un universo de emociones superficiales” que transforma a la población en una “masa abyecta” y sin futuro. Y es que para Zinn el peor de los pecados populistas es su actitud miope (su “horizonte reducido al más egoísta de los presentes”). Este “presentismo” tiene una “connotación teológica”: así como el individuo se aleja de sí mismo (para ser parte de la masa) se aleja de Dios, “que encierra el futuro y el pasado y los trasciende en su perennidad”, escapándose así de los “mandamientos y las normas éticas que condicionan su conducta presente” (Zinn, 1976: 20-21, 42-45, 50-51).

La curiosa ligazón que Zinn establece entre política y teología tiene dos corolarios que vale la pena resaltar. El primero, de carácter teórico, es la condena (junto al marxismo) del nihilismo, el existencialismo y el “humanismo ateo” (aparentemente, la referencia es a Sartre, Zinn, 1976) con lo que el pensamiento de Zinn se acerca al de algunos de los expositores que se reunieron en el “Primer Congreso Nacional de Intelectuales” que se realizó en 1978 y donde estuvo presente un amigo personal de Perriau, el también orteguiano Máximo Etchecopar.¹⁷ El segundo, de carácter práctico, es que para Zinn aparecen como “gobiernos populistas” no sólo las presidencias peronistas, sino también las radicales, las desarrollistas e incluso las militares. El desarrollismo, dice Zinn, parece tener una visión de futuro, pero en realidad es apenas un conjunto de enunciados vacíos; su sustancia está en un materialismo, que, “no está unido a valores morales” y por lo tanto sirve para cualquier ideología y puede predisponer a la esclavitud y la masificación¹⁸. Con respecto a los gobiernos militares, algunos deben ser criticados por su excesivo “estatismo”, pero, de acuerdo con Zinn, sin dudas “el peor” fue el que encabezó Lanusse: “El proceso de institucionalización promovido por el gobierno Lanusse es perfecto ejemplo de acto irracional y sin futuro, típicamente

¹⁷ Etchecopar, un conservador con simpatías por el franquismo y miembro fundador del Ateneo de la República, había sido funcionario del gobierno de Onganía como ladero de Mario Amadeo; junto con Juan José Catalán formaban lo que podríamos llamar el ala más “dura” del grupo Perriau, (Rouquié, 1994:369, vol. 2; cf. Lewis, 2001; Álvarez, 2007).

¹⁸ Cf. la misma idea expresada por Álvaro Alsogaray (1969).

demagógico”, por haber reincorporado al peronismo a la vida política, dice Zinn, en perfecto acuerdo con las ideas de los militares procesistas que insistían una y otra vez en que esta vez no les iba a suceder lo mismo que a sus predecesores (Zinn, 1976:53-54) (cf. Sidicaro, 1996).

Otro punto en el que Zinn coincide plenamente de acuerdo con las declaraciones de los miembros de las Fuerzas Armadas (y con algunas de las ponencias del Congreso de Intelectuales) es con respecto a la importancia del lugar geopolítico de la Argentina, al que dedica la segunda parte de su libro. Zinn, como muchos de los militares (Videla, Harguindeguy, Villegas, Menéndez, Galtieri, Saint Jean...) y civiles (Perriau, Etchecopar, García Belsunce, Perramón Pearson, Linares Quintana, Grondona...) del PRN, está convencido que Argentina está librando una de las batallas de la tercera guerra mundial.¹⁹ Se trata, dice Zinn retomando argumentos de la *realpolitik* y de la visión doctrinaria de la guerra en forma alternativa, de una batalla inevitable y de formas inéditas en la que Argentina está forzada a participar “del lado de Occidente”, junto a los Estados Unidos, ya que Europa sería demasiado “blanda” y habría negociado con el comunismo (Zinn, 1976: 66-96).

De acuerdo con Zinn, lo que la Argentina debía defender al luchar en esta tercera guerra mundial era su “integridad espiritual”, su “destino” puesto en riesgo por la decadencia producida por la demagogia y el populismo. La “identidad” argentina, para Zinn, estaría originada en la Libertad, concepto que Zinn deriva de la existencia de Dios (en una curiosa mezcla de referencias a Ortega y Gasset, Spinoza, Descartes, Hegel, Aristóteles, Platón y Montesquieu). “El hombre es libre porque participa, aunque de una manera imperfecta, en la absoluta ausencia de necesidad, que es Dios”, sostiene el autor. La Argentina, pueblo cristiano, ha nacido libre y debe mantenerse así, enfrentándose a sus enemigos externos y a la subversión interna que intentan disolver su esencia atacando su soberanía. Esta idea se entiende mejor cuando se considera que Zinn supone que la libertad es, a la manera de Hobbes (Hobbes, 1985; cf. Janine Ribeiro, 1999; Nielsen, 1986; Ryan, 1996), equivalente a la seguridad y

¹⁹ Para Zinn (1976: 85-111), se trata de una lucha con varias facetas: una cultural-militar contra la subversión de raigambre populista, una económico-política contra el imperialismo ruso (que los argentinos habrían comenzado en 1930 cuando los gobiernos conservadores expulsaron a la compañía rusa Yuyamtorg) y una general, total, contra el marxismo anti-occidental. En su segundo libro, Zinn (1980:141 y ss.) vuelve sobre el tópico para insistir en la idea de que Argentina libra la tercera guerra mundial que había sido anticipada para 1985 por los estrategias militares de la OTAN, como el general Hackett (1982). Para Zinn, en 1980, es claro que la etapa de la subversión abierta ha sido superada en Argentina, pero es necesario “estar alerta y luchar la batalla cultural” para evitar un posible rebrote.

la soberanía es su garantía; así pues, cuando la guerrilla pone en riesgo al Estado de derecho o cuando la subversión cultural y la demagogia trastocan los valores tradicionales, el poder soberano trastabilla y, junto con él, es la libertad misma (que sólo puede existir en el marco de la ley), la que está en riesgo (Zinn, 1976:157-174; Zinn, 1980:151-161). ¿Y cuáles son estos valores tradicionales que deberían ser protegidos? Zinn menciona varios lugares comunes (el esfuerzo, el trabajo, la tolerancia...), pero el corazón de su razonamiento apunta, de modo inequívoco, a la defensa del corazón del sistema capitalista: la propiedad privada de los medios de producción (Zinn, 1980:163-186). Para Zinn, del mismo que para otros conservadores liberales como Perriaux (1980) y García Belsunce (1982), el capitalismo no es apenas un sistema económico, sino la forma misma de la libertad en el mundo contemporáneo. El capitalismo y el individualismo, asegura Zinn, no sólo no atentan contra la sociedad, son su misma condición de posibilidad; lejos de ser disolventes, ayudan a reunirse a las personas en pueblos libres. Es por ello que debe defenderse el carácter “sacro” de la propiedad privada y cumplir con una serie de pautas que hacen a un Estado y a una economía libre, como la seguridad social privada y voluntaria, la erradicación de las prácticas extorsivas de los sindicatos que se inmiscuyen en política, la supresión de leyes que garantizan salarios, estabilidad laboral o impunidad ante quiebras (Zinn, 1976:174-181 y 212-216; Zinn, 1980:165).

El libro de Ricardo Zinn termina con una sección propositiva, un plan para la nueva generación del '80, un proyecto de gobierno a futuro para el PRN. En este punto, el autor recupera una idea de Kant con respecto a la interrelación entre *libertad, ley y fuerza* (cf. Kant, 1990). Zinn muestra entonces que la república no puede vivir sin los tres términos de la ecuación kantiana y que Argentina, en los años que van de 1916 a 1976 siempre ha tenido un déficit en un aspecto u otro. Por eso, y por la difícil coyuntura del país en ese momento, concluye que es necesario refundar la república, reformando o reemplazando la constitución de 1853-1860-1958 por un cuerpo legal que garantice la presencia permanente de las fuerzas armadas en el seno del gobierno. Concretamente, Zinn propone (ya en 1976) 1) que los militares permanezcan en el poder durante un largo período de tiempo (“para erradicar la subversión” en todas sus formas, reducir cívicamente a una población “dopada” por la demagogia y reencauzar a los partidos políticos, los sindicatos y las asociaciones civiles) y 2) crear, luego de un tiempo, un “Consejo de Garantía de la República”, integrado por los comandantes de las fuerzas armadas y por los futuros ex presidentes, encargado

de vigilar que los partidos políticos se comporten con “seriedad política” y no estén infiltrados o influenciados por posturas “populista-marxistas” y de actuar como contralor del poder ejecutivo civil (el acuerdo de sus miembros sería requerido para nombrar gobernadores provinciales, ministros y funcionarios) (Zinn, 1976:185-226).

En esta última cuestión, Zinn parece apartarse de los planteos de otros conservadores liberales (defensores a ultranza de la vigencia de la Constitución Nacional). Sin embargo, cuando se observan detenidamente los argumentos de Zinn y se los contrasta con los de, por ejemplo, García Belsunce (1982) o Sánchez Sañudo (1981), se cae rápidamente en la cuenta de que las diferencias no son de fondo, sino de forma. En realidad, la distancia que separa a Zinn del resto de los liberal-conservadores no es muy grande; todos están de acuerdo en que el PRN debe gobernar en solitario durante un largo tiempo, pero discrepan con respecto a la forma de institucionalizar rol que les cabrá a las fuerzas armadas una vez superado el “período crítico”. Zinn apuesta a una reforma de la constitución, la mayoría de sus colegas a una serie de reformas legales no constitucionales y de normas de jurisprudencia que sean capaces de alcanzar los mismos objetivos (tales como la prohibición de ciertos partidos, el retiro de derechos políticos a determinadas personas, la exigencia de ciertas calificaciones para poder ser candidato político, la reforma de la estructura ministerial para integrar a los comandantes militares, etcétera)²⁰. Es decir que ni Zinn ni los otros liberal-conservadores confían en que la sola labor “educativa” o “cultural” del PRN pueda garantizar el orden por ellos defendido y vislumbran la necesidad de erigir instituciones que actúen como barreras de contención a cualesquiera desviaciones en las que la población civil pudiera incurrir. Se trata, en suma, no sólo de educar al soberano, sino también de tutelarlos, al menos hasta que éste tenga en claro cuáles son los límites de la libertad, o, para decirlo con las palabras de Sánchez Sañudo “qué es y qué no es la democracia”.

²⁰ La coincidencia de fondo entre Zinn y otros intelectuales cercanos al PRN puede notarse en su segundo libro, donde el autor cambia su postura original, afirmando que en lugar de una “engorrosa” reforma constitucional, los problemas institucionales podrían resolverse mediante modificaciones en las leyes electorales. Esas modificaciones deberían incluir prohibiciones de ciertos partidos e ideas políticas, así como la reforma del sistema electoral (para volver al voto uninominal). De todos modos, al igual que Perrioux (Perrioux y Perramón Pearson, 1980) y en consonancia con las declaraciones a la prensa del PRN (Quiroga, 2004), Zinn afirma que el retorno al Estado de Derecho debe hacerse en forma lenta y escalonada, para evitar desbordes de los políticos (Zinn, 1980: 371-396).

3. La Restauración del orden y el éxito del PRN

En este último punto quisiéramos volver sobre el liberalismo-conservador para especificar (mediante un breve punteo) sus principales características. Esto nos permitirá entender por qué la ideología del PRN resultó exitosa, a pesar de ser aplicada con inconstancia, y de qué modo se relaciona con el modelo neoliberal que la reemplazó a mediados de los años '80.

3.1. El liberalismo-conservador del Proceso

Los gobiernos dictatoriales argentinos se caracterizaron siempre por buscar el apoyo de civiles. Ese apoyo provenía de dos fuentes enfrentadas entre sí, los “nacionalistas” (cercanos a la iglesia, al fascismo, a la ideas “comunitaristas”, al corporativismo, al tradicionalismo, al conservadurismo, al franquismo e incluso a ciertos sectores del peronismo) y los liberales (proclives a un orden político plural, a una apertura económica en consonancia con los principios económicos del liberalismo clásico, a la primacía de la constitución de 1853 y el profesionalismo militar). Esta división es, por supuesto, de “tipos ideales”, ya que los distintos actores de cada situación histórica participaron de un proceso de enorme dinamismo y complejidad (Lewis, 2001; Rouquié, 1994; Potash, 1986; McGee Deutsch, 2005). Sea como fuere, por distintas razones que no vamos a analizar aquí (como por ejemplo la decadencia de los fascismos, la marcha de la guerra fría y el nuevo contexto internacional, el lugar del peronismo en la política argentina, la aparición de movimientos guerrilleros, los cambios en el sistema de acumulación), esta división que estuvo clara hasta mediados del siglo pasado se fue desdibujando a partir de los años setenta.

Esto no quiere decir que no quedaran vestigios de esas divisiones. Como lo muestran Canelo (2008) y Palermo y Novaro (2003), había claras divergencias al interior de las Fuerzas Armadas entre lo que podría denominarse el sector “duro” (“halcones” o “pinochetistas” en el lenguaje de la época) conformado por oficiales al mando de tropas, en general cercanos al nacionalismo, y otro “blando” (“palomas” o “politicistas”) fuerte en los rangos más encumbrados y más cercanos a las posiciones liberales. El conflicto entre esos dos sectores, fue recurrente, sobre todo al comienzo del PRN, a pesar de que ambos apoyaban (y ese era su punto táctico de intersección) la lucha antisubversiva (Quiroga, 2004;

Sidicaro, 1996). Sin embargo, fue un tercer sector, el llamado “moderado”, que se mantenía en un punto equidistante de los otros dos, el que marcó la pauta político-ideológica general del PRN. Este último grupo (en el que podríamos ubicar tanto a militares como Videla, Harguindeguy y Saint-Jean, cuanto a civiles como Martínez de Hoz, Grondona y Perriau), funcionó como árbitro y factor de equilibrio, recibiendo alternativamente tanto el apoyo de los duros como de los blandos (Canelo, 2003; 2004; 2005; 2008).

Aunque podría verse en los “moderados” apenas el producto o el residuo de las luchas entre nacionalistas y liberales, lo cierto es que se trataba del grupo más numeroso, el que disfrutaba de mayores espacios de poder y el que ponía el rumbo general del régimen. Y ese rumbo no constituía un tránsito errático de medidas de un lado y de otro, sino que era la expresión institucional de la ideología liberal-conservadora a la que los integrantes del “grupo Perriau”, así como muchos de sus compañeros de ruta, ayudaron a cimentar. En cierto sentido, podríamos describir al liberalismo-conservador como el síntoma de un amalgamamiento entre nacionalistas y liberales en un único modelo multifacético cuyas características principales no está de más señalar nuevamente, de modo sintético:

- Es anti-comunista, pero también anti-peronista (y, en general, también anti-desarrolista).
- Es propulsor del libre mercado, pero también de un Estado fuerte, capaz de poner en funcionamiento ese mercado.
- Es favorable a las formas republicanas y representativas, pero se muestra proclive a la regulación y el control de esas formas para que arrojen los resultados que se suponen correctos desde un punto de vista meta-institucional.
- Es contrario a la democracia, pero abierto al pluralismo político (con restricciones al comunismo y al populismo).
- Reivindica las tradiciones políticas, morales y culturales, pero tiene ambiciones modernizantes e institucionalizantes.

- Es proclive a un ordenamiento jerárquico, pero no de corporaciones, sino de individuos-ciudadanos.
- Se muestra alejado del integrismo católico²¹, pero no deja de señalar la importancia de la instalación social de una “ética cristiana” para que el orden político funcione.

El listado que acabamos de exponer no es una suma de paradojas, sino que resume el ideario liberal-conservador: libertad, pero dentro de un orden jerárquico establecido. Es este modelo, que más arriba hemos ejemplificado con los aportes de Perriau y Zinn, el que sirvió como principal sustento ideológico del PRN, en la búsqueda de su legitimidad de origen (la decadencia argentina producto del populismo y la demagogia), de ejercicio (la restauración de un orden jerárquico, pero de un pluralismo restringido, y económicamente ortodoxo) y de destino (la institucionalización de un régimen de nuevo tipo, mediante una reforma constitucional o mediante una batería de leyes y reglamentaciones que facilitarían la perennidad de los cambios introducidos)²².

Sostener que el PRN contó con una ideología política que le sirvió de sustento (y también de horizonte) no implica afirmar que la dictadura fuese sistemáticamente coherente con el ideario liberal-conservador. Tal como ha sido señalado por distintos analistas (Palermo y Novaro, 2003; Sidicaro, 1996; 2006; Quiroga, 2004; Pucciarelli, 2004; Jordán, 1993; Canelo, 2005; 2008), los actores principales del PRN tuvieron dificultades para llevar adelante una agenda política consistente. En este sentido, y dejando a un lado el acuerdo sobre la necesidad de suprimir la subversión, las contradicciones prácticas en las que incurrió el último gobierno *de facto* parecen ser más producto de una lucha interna de intereses y poderes (y en ocasiones de personas) que de proyectos ideológicos dispares. No obstante, a pesar de la incapacidad del *Proceso* para convertir en sistemática política su ideología, pensamos que es posible afirmar que el liberalismo-conservador tuvo éxito en el sentido que sus impulsores civiles lo procuraron: el PRN dio lugar a un nuevo orden ético-político sobre el que, más adelante, pudo montarse la

²¹ Este alejamiento es ante todo teórico, ya que hay espacios de socialización comunes entre liberales-conservadores y conservadores reaccionarios. Sin embargo, pueden percibirse señales claras durante el PRN, como la censura (temporaria) de la revista *Cabildo*.

²² A este respecto puede ser útil confrontar los planes de Zinn y Perriau con el que presentaron en distintos momentos las Fuerzas Armadas (Canelo, 2005; Vázquez, 1985; Yannuzzi, 1996; Castiglione, 1992).

ideología neoliberal. A este nuevo orden bien podríamos llamarlo tal como lo hacía Perriaux: la democracia de los muertos.

3.2. La democracia de los muertos

En el plan de gobierno que la SEA presentó a Videla, Perriaux recuperaba algunos pasajes de la pluma del novelista y ensayista inglés Gilbert K. Chesterton (Muleiro, 1999). Chesterton, un conservador *sui generis* de profundas convicciones anticapitalistas y fundador de la Liga Distribucionista (una suerte de tercera vía *avant la lettre*), tenía curiosas ideas sobre la democracia que se inspiraban en los escritos de Edmund Burke. Para Chesterton, la democracia era la proyección de la personalidad humana en al ámbito de la política, un espacio de reunión e interdependencia secular de los individuos a la vez que un punto de encuentro entre la eternidad y el tiempo divino (Jiménez, 2006). Así pues, para Chesterton, la democracia debe entenderse como gobierno de ciudadanos, de hombres probos capaces de interactuar, y no como gobierno de las masas. La democracia es también el gobierno de la tradición “que son una sola y misma idea”. Por Tradición, vale la pena aclararlo, Chesterton no entendía apenas las prácticas heredadas, sino una actividad dinámica, capaz de vincular el pasado con el presente y planificar el futuro. Las creencias y los valores de ayer deberían ser rescatados no por su prosapia, sino por su capacidad de brindar sentido de comunidad y de porvenir a los pueblos (Chesterton, 1998; Jiménez, 2006; Pearce, 2004). Sólo en este contexto teórico puede entenderse una cita de Chesterton que suele ser mal utilizada (y que es la que usaba Perriaux):

“Seguir la tradición significa dar voz y voto a la más nebulosa de las clases sociales: la de nuestros antepasados. Es la democracia de los muertos. La tradición se resiste a rendirse ante la arrogante oligarquía de aquellos cuyo único mérito es estar entre los vivos”. (Chesterton, 1998:28)

Para el escritor irlandés, lo esencial era que la democracia no degenerara en utopismo redentor ni en individualismo atomista (Jiménez, 2006). Lo que propone Chesterton no es un tradicionalismo reaccionario, sino un dique de contención a un futurismo que desembocará en fascismo; una reivindicación de la tradición para poner coto al avance incontenible de “dirigentes” que destrozan las ideas (y

las vidas) de la “gente común” en nombre de una sapiencia improbable²³. Pero, más allá de Chesterton, ¿qué es lo que pensaba Perriaux al recuperar la referencia al escritor inglés?

Responder a esta pregunta no es sencillo, al menos con el material contenido en este trabajo. Sin embargo, cabe apuntar que Perriaux, Zinn y varios de los liberal-conservadores mencionados más arriba se basan en ideas de cuño elitista del todo contrarias a las de Chesterton, en donde la tradición (entendida ahora en su sentido más lato de hábitos e ideas del pasado) comparte la supremacía con cierto futurismo refundacional y en donde la democracia juega un papel menor. Lo importante para el pensamiento liberal-conservador no es, al fin y al cabo, la democracia, que es apenas un “mecanismo de elección” que no debería fetichizarse, sino el orden republicano.²⁴ Al respecto, García Belsunce aclara:

“Nuestra forma de gobierno por imperio del artículo 1º de la Constitución Nacional es la República Representativa y Federal. La Constitución Nacional no alude a la democracia como forma de gobierno; no obstante, la ciencia política y la doctrina constitucional han admitido que la elección del gobierno por el pueblo es un concepto inmanente a la república como forma pura de gobierno. Pero tampoco debemos ligar como conceptos inseparables, por seguir un doctrinarismo que como tal puede y debe ser superado, los de república y democracia.

La democracia es un proceso para llegar a la república [...] la república está dada en su esencia por la noción de representatividad y éste es un concepto no cuantitativo, sino cualitativo, que por lo tanto se desnaturaliza frente a la llamada democracia de masas [...] Además, la república representativa exige también la representatividad cualitativa en el repre-

²³ En este punto vale la pena citar el pasaje que complementa al que hemos reproducido más arriba: “La democracia nos aconseja no desoir la opinión de un hombre bueno; aunque sea nuestro mucamo. La tradición nos pide que no desoigamos la opinión de un hombre bueno; aunque sea nuestro padre. Yo por lo menos, no puedo separar las ideas de democracia y de tradición; me parece evidente que ambas son una misma idea [...] Debo decir primero, qué si he tenido una inclinación, siempre fue una inclinación a favor de la democracia, y por consiguiente, de la tradición. Antes de llegar a ningún principio teórico o lógico, me conformo con permitirme esta confesión personal: siempre he estado más inclinado a creer en el clamor de la clase trabajadora, que a creer en esa selecta y perturbada clase literata, a la cual pertenezco. Prefiero aún las fantasías y los prejuicios del pueblo que ve la vida desde dentro, a las demostraciones más claras del pueblo que vé la vida desde fuera” (Chesterton, 1998:28).

²⁴ Zinn (1976:126-127) llega a decir que la conocida frase de Borges (“la democracia es una exageración de la estadística”) no es verdadera, pero se acerca a la realidad. Al respecto, comparar con las declaraciones de los miembros del SEA (Perriaux et al., 1980; Morresi, 2009) y la visión de Álvaro Alsogaray (1993) y Sánchez Sañudo (Sánchez Sañudo, 1969).

sentante, o, lo que es lo mismo, el gobierno de los más por los mejores a fin de no caer en el acertado concepto de la ‘kakistocracia’”. (García Belsunce, 1982:32)

Perriaux y el liberal-conservadurismo buscaron justificar una “democracia de los muertos” en un sentido muy diferente al de Chesterton. En lugar de un respeto por las tradiciones populares, como proponía el irlandés, procuraron una república tutelada por las elites y basada “*en* los muertos” de la dictadura. Y fue *esta* “democracia de los muertos” la que, si bien no alcanzó a “refundar la república” *in toto* tal como se pretendía en los términos propuestos durante PRN, sirvió como terreno de para que gran parte del proyecto liberal-conservador, transformado por el prisma de la ideología neoliberal finalmente pudiera imponerse después de 1983. En este sentido, el PRN no fue tanto el terreno de las luchas ideológicas de las derechas “tradicionales” (nacionalistas y liberales) sino, ante todo, el espacio que posibilitó el surgimiento de la nueva derecha argentina (Morresi, 2008b).

3.3. Coda

Si hemos insistido, al comienzo de este trabajo, en que el liberalismo-conservador no es lo mismo que el neoliberalismo ha sido porque la precisión terminológica nos permite establecer cuál fue la *función política* de la ideología del PRN²⁵: la imposición de un orden social sobre el que se pudieran erigir las políticas neoliberales. Para que esto quede más claro es menester establecer al menos dos de las diferencias (sutiles, pero fundamentales) que encontramos entre el liberalismo-conservador y el neoliberalismo²⁶.

En primer lugar, el liberalismo-conservador es proclive a impulsar el libre-mercado, pero su propuesta económica es más bien ecléctica y pragmática, tal como lo muestra con claridad la gestión de Martínez de Hoz al frente del Ministerio de Economía durante la presidencia de Videla (Palermo y Novaro, 2003)²⁷.

²⁵ Lo cual no implica que ese fuera el objetivo de los defensores del PRN; utilizamos la palabra “función” sin apostar a un abordaje funcionalista.

²⁶ Adicionalmente, véase el apéndice del célebre libro de Hayek (2005), titulado “¿Por qué no soy un conservador?”

²⁷ En este sentido, si hubo un intento serio de implementar un plan neoliberal fue el que trató de llevar adelante Roberto Alemann durante los meses previos a la guerra de Malvinas. Eso no quiere decir que

El neoliberalismo no es uniforme ni unívoco, pero sí es consistente y aborrece tanto las medidas eclécticas como las conductas pragmáticas (cf. Alsogaray, 1993; Hayek, 1973; Moraes, 2001). Al contrario que al liberalismo-conservador, al neoliberalismo no le interesa fundar su legitimidad sobre la eficiencia (en el crecimiento económico o en el combate a la inflación) sino que prefiere basarse en cuestiones deontológicas y teóricas, dando por sentado que los resultados a mediano plazo pueden ser los contrarios a los esperados por los políticos y por la sociedad (al respecto, cf. Barry, 1983; Gray, 1998)²⁸.

En segundo lugar, el liberalismo-conservador y el neoliberalismo comparten una inclinación a privilegiar la cuestión del orden político. Sin embargo, la forma en que uno y otro entienden a ese orden es diferente. Para el primero, el orden se contrapone a la anarquía y, por ello, su principal preocupación es fortalecer un soberano capaz de establecer una firme jerarquía, muchas veces sirviéndose de categorías extra-políticas, como la religión. Para el segundo, el problema no es el orden en abstracto, sino el tipo de orden que sirve a los valores que se suponen fundamentales (como la libertad negativa y la propiedad privada, cf. Morresi, 2006). Para el neoliberalismo, no es la autoridad lo que está en cuestión, sino las metas legítimas que la misma puede perseguir; es decir que se preocupa por la estructura socio-estatal y jurídica, que a su entender debe ser reformulada de modo tal de hacerse compatible con (e incluso favorable al) desarrollo de una economía de libre competencia ideal²⁹.

Pero si es cierto que el liberalismo-conservador y el neoliberalismo no son iguales, es obvio que hay fuertes lazos de parentesco entre ambos. Ambos movimientos comparten un lenguaje, en el sentido pocockiano (Pocock, 1972; Morresi, 2007a) y, sobre todo, en el caso argentino, redes sociales y contactos profesionales. En efecto, como lo muestra con claridad el caso de Zinn, las relaciones personales

no hubiera neoliberales cerca del PRN durante el período previo (Manuel Alberto Solanet en el gabinete de Martínez de Hoz, Pedro Pou en la Provincia de Buenos Aires, Domingo Cavallo en el BCRA durante la gestión de Viola), sino que sus ideas, aunque fueran implementadas en parte, no determinaron el tono general ni del discurso ni de la política del régimen *de facto*.

²⁸ Hay una amplia literatura sobre el carácter deontológico del neoliberalismo (cf. una revisión de la misma en el capítulo 2 de Morresi, 2006). Sin embargo, vale la pena señalar que varios neoliberales argentinos (Alsogaray sea probablemente el ejemplo más cabal) se mostraron defensores de las visiones más doctrinarias sólo cuando no se encontraban en posiciones de poder o de responsabilidad. Esta cuestión requiere un tratamiento mucho más profundo del que podemos darle en este espacio (no obstante, véanse algunos apuntes preliminares en Ganem y Morresi, 2008).

²⁹ En este sentido, es importante destacar que el neoliberalismo no preconiza un Estado ausente, sino que procura reorientar la maquinaria estatal para convertirla en soporte e impulsora de un mercado libre que por sí sólo no puede mantenerse en funcionamiento (Morresi, 2007b).

e institucionales del liberalismo-conservador y el neoliberalismo que se instalaría en los años '80 tienen importantes puntos de intersección (Morresi, 2008b)³⁰. Desde esta perspectiva, debería quedar en claro que el PRN no instauró al neoliberalismo en la Argentina. A su modo, hizo algo *lógicamente* anterior: impuso el orden que serviría de escenario para el triunfo neoliberal posterior.

Bibliografía

- Aguilar, Enrique (1998), *Nación y Estado en el pensamiento de Ortega y Gasset*, Buenos Aires: Ciudad Argentina, p. 154.
- _____ (2004), *Ortega y Gasset en la Cátedra Americana*, Buenos Aires: Nuevo hacer - GEL, p. 328
- Alsogaray, Álvaro C. (1969), *Bases para la acción política futura*, 2ª ed., Buenos Aires: Editorial Atlántida, p. 130.
- _____ (1981), *Participación e Intervención del Estado en la Economía: Programa para su reducción*, 3 vols., Buenos Aires: Fundación Carlos Pellegrini.
- _____ (1993), *Experiencias de cincuenta años de política y economía argentina*, Buenos Aires: Planeta, p. 414.
- Álvarez, Emiliano (2007), “Los intelectuales del ‘Proceso’. Una aproximación a la trama intelectual de la última dictadura militar”, en *Políticas de la Memoria*, nº 6-7, pp. 79-85.
- Barry, Norman P. (1983), “The New Liberalism”, en *British Journal of Political Science*, vol. 13, nº 1, pp. 93-123.
- Benegas Lynch, Alberto (1989), *Por una Argentina mejor*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 397.
- Bobbio, Norberto (1999), *Estado, Gobierno y Sociedad*, trad. de José F. Fernández Santillán, colección Breviarios, México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- Botana, Natalio R. (1984), *La tradición republicana: Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires: Sudamericana, p. 493.

³⁰ Sólo a modo de ejemplo, digamos que los célebres “tres tomos” que Alsogaray escribió a comienzos de la década del '80 y que de allí en más fueron ofrecidos a todos los presidentes (*de facto* y *de jure*) como guía para un plan de gobierno “serio” fueron editados originalmente por la *Fundación Carlos Pellegrini*, creada y dirigida por Zinn, quien, como apuntamos, más tarde se integraría a la Unión del Centro Democrático de Alsogaray (véase Alsogaray, 1981).

- Botana, Natalio R. (1985), *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*, 2° ed., colección Historia y sociedad, Buenos Aires: Sudamericana, p. 345.
- _____ (1991), *La Libertad política y su historia*, colección Historia y sociedad, Buenos Aires: Sudamericana, p. 232.
- Campomar, Fornieles, Marta M (2003), *Ortega y Gasset en La Nación*, 1a ed ed., colección Serie española de validación argentina, Buenos Aires: El Elefante Blanco, p. 405.
- Canelo, Paula (2003), “Las Fuerzas Armadas frente a la salida política durante la última dictadura militar (Argentina, 1976-1981)”, trabajo presentado en *VI Congreso Nacional de Ciencia Política de la Sociedad Argentina de Análisis Político*, 2003.
- _____ (2004), “La política contra la economía: los elencos militares frente al plan económico de Martínez de Hoz durante el PRN (1976-1981)”, en Alfredo Pucciarelli (org.), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- _____ (2005), “Los fantasmas de la ‘convergencia cívico-militar’. Las Fuerzas Armadas frente a la salida política durante la última dictadura militar (Argentina, 1976-1981)”, en *Sociohistórica*, n° 17/18.
- _____ (2008), “Las dos almas del Proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar.”, trabajo presentado en *IV° Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, Rosario, 14-16/05 de 2008.
- Castiglione, Marta (1992), *La militarización del Estado en la Argentina (1976-1981)*, colección Biblioteca Política Argentina, 350; Buenos Aires: CEAL.
- Chesterton, G. K. (1998), *Ortodoxia*, trad. de Augusto Assía, colección Sepan cuántos, 498; México, DF: Porrúa, p. 90.
- Cortina, Luis (1997), “El CEMA, academia y política”, *La Nación*, 16/02/1997.
- Cruz, Vélez, Danilo (1983), *Ortega y Gasset y el destino de América Latina*, Buenos Aires: Fundación Banco de Boston, p. 294.
- Dahl, Robert (1989), *Poliarquía. Participación y oposición*, Buenos Aires: REI.
- Fiorucci, Flavia (2001), “El antiperonismo intelectual: de la guerra ideológica a la guerra espiritual”, en *XXIII° Congreso Internacional de la Latin American Studies Association*.
- Gallo, Ezequiel (1980), *Entre el liberalismo y la democracia liberal: características y crisis del liberalismo oligárquico en sociedades meridionales*, colección Anales de la Universidad de Alicante - Historia contemporánea, Alicante: Universidad, p. 158.

- Gallo, Ezequiel y Roberto Cortés Conde (1986), *La República conservadora*, colección Biblioteca argentina de historia y política, Buenos Aires: Hyspamérica, p. 238.
- Gallo, Ezequiel (1987), “Tradición Liberal en Argentina”, en *Estudios Públicos*, n° 27, pp. 351-378.
- _____ (1988), “La Ilustración escocesa”, en *Estudios Públicos*, n° 30, pp. 273-289.
- Ganem, Dante y Morresi, Sergio Daniel (2008). “Una aproximación a los conceptos de Estado y Ciudadanía en el neoliberalismo argentino: el Centro de Estudios Macroeconómicos Argentinos”, trabajo presentado en las *IIas Jornadas de Estudios Políticos: La política en la Argentina actual: nuevas formas de pensar viejos problemas*, Los Polvorines, 12 y 13 de noviembre de 2008.
- García Belsunce, Horacio A. (1982), *Política y economía en años críticos*, Buenos Aires: Editorial Troquel, p. 147.
- González Bombal, Inés (s/f), *El diálogo político: la transición que no fue*, CEDES, mimeo.
- Gray, John N. (1998) *False Dawn. The Delusions of Global Capitalism*. London: Granta Books.
- Granovsky, Martín (2001), “24 de marzo de 1976 (II) Los dos significados del golpe”, en *Realidad Económica*, n° 178.
- Grondona, Mariano (1976), “Las monarquías fundantes”, en *Carta Política*, n° 31.
- Hackett, John Winthrop (1982), *The Third World War: the untold story*, London: Sidgwick & Jackson, p. 446.
- Halperín Donghi, Tulio (1987), *Argentina: la democracia de masas*, colección Historia argentina, Buenos Aires: Paidós, p. 173.
- Harbour, William R. (1985), *El pensamiento conservador*, trad. de Juan Carlos Gorrillier y Bibiana Tonnelier, colección Temas, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Hayek, Friedrich August von (1973), *Law, legislation and liberty: Rules and order*, 3 vols., 1; London: Routledge, p. 184.
- _____ (2005), *Camino de servidumbre*, Madrid: Alianza Editorial, 302 pp.
- Heredia, Mariana (2004), “El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: FIEL, FM y CEMA”, en Alfredo Pucciarelli (org), *Empresarios, Tecnócratas y Militares*, Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 313-382.

- Hobbes, Thomas (1985), *Leviatán, o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, colección Los grandes pensadores, s/d: Sarpe.
- Janine Ribeiro, Renato (1999), *Ao leitor sem medo. Hobbes escrevendo contra o seu tempo*, Belo Horizonte: UFMG.
- Jiménez, Jorge Dagnino (2006), “G.K Chesterton y la Europa de su tiempo”, en *Abril, Anotaciones de Pensamiento y Crítica*, n° 61.
- Jordán, Alberto R. (1993), *El Proceso 1976/1983*, Buenos Aires: Emecé, 454 pp.
- Kant, Immanuel (1990), *Antropología práctica Según el manuscrito inédito de C.C. Mrongovius, fechado en 1785*, trad. de Roberto Rodríguez Aramayo, Madrid: Tecnos, p. 93.
- Lewis, Paul (2001), “La Derecha y los Gobiernos Militares 1955-1983”, en David Rock, et al. (orgs.), *La Derecha Argentina. Nacionalistas, Neoliberales, Militares y Clericalistas*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor, pp. 321-370.
- Linares Quintana, Segundo V. (1976), *Sistemas de partidos y sistemas políticos: el gobierno de las leyes y el gobierno de los hombres*, Buenos Aires: Plus Ultra, p. 693.
- Lvovich, Daniel (2007), “Sociedad civil y consenso social en la Argentina de la dictadura”, trabajo presentado en *Coloquio Internacional ‘Problemas de historia reciente en el Cono Sur’*, Los Polvorines, 24-26/10 de 2007.
- Marías, Julián (1981), “La lealtad del pensador argentino Jaime Perriau”, *El País*, 20/09/1981.
- _____ (2002), “Dos amigos argentinos de Ortega”, *La Nación*, 26/07/2002.
- Martínez Peroni, José Luis (2002), “El orden político ‘liberal conservador’ en la Argentina de la generación del ‘80’”, en *Millcayac, Anuario de Ciencias Políticas y Sociales*, vol. 1, n° 1.
- McGee Deutsch, Sandra (2005), *Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, Chile y Brasil 1890-1939*, trad. de Julio C. Cortés, colección Colección Convergencia entre Memoria y Sociedad, a cargo de Noemí M. Girbal-Blacha, Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, p. 527.
- Moraes, Reginaldo C. (2001), *Neoliberalismo: De onde vem, para onde vai?*, colección Ponto Futuro, a cargo de Isabel María M. Alexandre y Benjamin Junior Abdala, São Paulo: Editora Senac, p. 156.
- Morresi, Sergio Daniel (2006), ‘O liberalismo desenquadrado. Uma crítica às leituras neoliberais do liberalismo clássico’, Tesis de Doctorado, mimeo [una versión en español será publicada durante 2010 con el título *El liberalismo desquiciado*] (Universidade de São Paulo).

- Morresi, Sergio Daniel (2007a), “Apuntes preliminares para un estudio del neoliberalismo en la Argentina”, trabajo presentado en *1º Encuentro Internacional Teoría y práctica política: Argentina y Brasil. Nuevas formas de la dependencia, nuevos caminos para el desarrollo*, Mar del Plata, 3-5/12 de 2007.
- _____ (2007b), “Más allá de la democracia”, en Eduardo Rinesi y Gabriel Nardacchione (orgs.), *Las lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, UNGS-Prometeo, pp. 117-150.
- _____ (2008a), “Neoliberales antes del Neoliberalismo”, en Germán Soprano y Sabina Frederic (orgs.), *Construcción de escalas en el estudio de la política*, Buenos Aires: UNGS-Prometeo, en prensa.
- _____ (2008b), *La nueva derecha argentina y la democracia sin política*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional - UNGS, p. 112.
- _____ (2009), “Los compañeros de ruta del Proceso. El diálogo político entre las Fuerzas Armadas y los intelectuales liberal-conservadores”, trabajo presentado en *XIIº Jornadas Interescuelas de Historia*. San Carlos de Bariloche, 28-31/10 de 2009.
- Muchnik, Daniel (1978), *De Gelbard a Martínez de Hoz. El tobogán económico*, Buenos Aires: Ariel, pp. 418.
- Muleiro, Vicente (1999), “Las fantasiosas salidas políticas”, *Clarín*, 21/03/1999.
- _____ (2001), “Los Gauchos de Martínez de Hoz”, *Clarín*, 18/03/2001.
- Muleiro, Vicente y Mario Cadenas Madariaga (2001), “Entre las vacas y el matadero (Entrevista)”, *Clarín*, 18/03/2001.
- Murano, Adrián (2004), *Banqueros: los dueños del poder. Cómo y quiénes devastaron a la Argentina*, colección Biografías y Documentos, Buenos Aires: Norma.
- Nielsen, Torben Hviid (1986), “The State, the Market and the Individual. Politics, Economy and the Idea of Man in the Works of Thomas Hobbes, Adam Smith and in Renaissance Humanism”, en *Acta Sociologica*, vol. 29, n° 4, pp. 283-302.
- Nino, Carlos Santiago (1990), “Liberalismo Conservador: ¿Liberal o conservador?”, en *Revista de Ciencia Política*, vol. XII, n° 1-2, pp. 20-44.
- Oakeshott, Michael (2000), *El racionalismo en política y otros ensayos*, trad. de Eduardo L. Suárez Galindo, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, pp. 510.
- Ortega y Gasset, José (2005), *En torno a Galileo*, a cargo de José Lasaga Medina, Madrid: Biblioteca Nueva, p. 229.
- _____ (2002), *El tema de nuestro tiempo (incluyendo el prólogo para alemanes)*, a cargo de Domingo Hernández Sánchez, Madrid: Tecnos, p. 291.

- Palermo, Vicente y Marcos Novaro (2003), *La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática*, Buenos Aires: Paidós.
- Pearce, Joseph (2004), *Wisdom and innocence: a life of G. K. Chesterton*, San Francisco: Ignatius Press.
- Perriau, Jaime (1949), *Las reglas de conducta; diferencias esenciales entre la teoría tradicional del derecho, incluso la de Kelsen, y la teoría 'egológica'*, Buenos Aires: s/d, 81 pp.
- _____ (1970), *Las generaciones argentinas*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, p. 162.
- Perriau, Jaime y Gustavo Perramón Pearson (1980), *El Ministro del Interior dialogó hoy con dirigentes de la Sociedad de Estudios y Acción Ciudadana, declaración de prensa*, Ministerio del Interior - Oficina de Prensa, mimeo, Buenos Aires.
- Perriau, Jaime, Gustavo Perramón Pearson y Ernesto Parellada (1980), *Temario de la entrevista de los Dres. Jaime Perriau, Gustavo Perramón Pearson y Ernesto Parellana con el Ministro del Interior, 22 de Julio de 1980*, Ministerio del Interior - Oficina de Prensa, mimeo, Buenos Aires.
- Piñero Pacheco, Raúl (1981), *La de-generación del 80*, Buenos Aires: El Cid Editor, p. 190.
- Pocock, J. G. A. (1972), "Languages and their implications: The Transformation of the Study of Political Thought", *Politics, Language and Time*, London: Methuen.
- Potash, Robert A. (1986), *Ej ejército y la política en la Argentina*, 2 vols., colección Biblioteca argentina de historia y política, Buenos Aires: Hyspamérica.
- Pucciarelli, Alfredo Raúl (org.) (2004), *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*, Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Quiroga, Hugo (2004), *El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*, 2° ed., Rosario: Homo Sapiens - Fundación Ross.
- Rawls, John (1995), *Teoría de la Justicia*, trad. de M. Dolores González, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Restivo, Néstor y Raúl Dellatorre (2005), *El Rodrigazo, 30 años después: un ajuste que cambió al país*, Buenos Aires: Capital Intelectual, p. 127.
- Rivero, Ángel (1998), "Liberalismo Conservador (De Burke a Nozick)", en Juan Antón Mellón (org.), *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Semilla y Surco, Serie de Ciencia Política, Madrid: Tecnos, pp. 47-65.
- Rouquié, Alain (1994), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2 vols., 2; Buenos Aires: Emecé.

- Ryan, Alan (1996), "Hobbes's political philosophy", en Tom Sorell (org.), *The Cambridge Companion to Hobbes*, New York: Cambridge University Press.
- Sáenz Quesada, María (2003), *Isabel Perón. La Argentina en los años de María Estela Martínez*, Buenos Aires: Planeta, p. 487.
- Sánchez Sañudo, Carlos A. (1969), "La Planificación en las Fuerza Armadas y su imposibilidad en la sociedad", en Saturnino Héctor Huici, Carlos A. Sánchez Sañudo y Alberto Benegas Lynch (orgs.), *Derecho, planificación y libertad*, Buenos Aires: Centro de Estudios sobre la Libertad, pp. 33-91.
- _____ (1981), *Qué es y qué no es la democracia*, Buenos Aires: Escuela de Educación y Filosofía de la Libertad, p. 329.
- Sebreli, Juan José (2006), "Claroscuros de una época al borde del abismo", *La Nación*, 19/03/2006.
- Seoane, María y Vicente Muleiro (2001), *El dictador: la historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires: Sudamericana, p. 639.
- Sidicaro, Ricardo (1996), "El régimen autoritario de 1976: Refundación frustrada y contrarrevolución exitosa", en Hugo Quiroga y César Tcach (orgs.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Rosario: Homo Sapiens.
- _____ (2006), "Sobre algunas consecuencias políticas de la dictadura 1976-1983", en Hugo Quiroga y César Tcach (orgs.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario: Homo Sapiens, pp. 31-45.
- Sivak, Martín (2005), *El Doctor. Biografía no autorizada de Mariano Grondona*, Buenos Aires: Aguilar.
- Thompson, Andrés (1994), "'Think Tanks' en la Argentina. Conocimiento, instituciones y política", CEDES: *mimeo*, 2004.
- Túrolo, Carlos M. (1996), *De Isabel a Videla: los pliegues del poder*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, p. 300.
- Vázquez, Enrique (1985), PRN. *La última. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar*, colección TEAS, Buenos Aires: Eudeba, p. 326.
- Yannuzzi, María de los Angeles (1996), *Política y dictadura. Los partidos políticos y el Proceso de Reorganización Nacional. 1976-1982*, Rosario: Fundación Ross.
- Zimmermann, Eduardo (2000), "La sociedad entre 1870 y 1914", *Nueva Historia de la Nación Argentina*, vol. 4; Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- Zinn, Ricardo (1976), *La segunda fundación de la República*, Buenos Aires: Editorial Pleamar, p. 269.

- Zinn, Ricardo (1979), *Argentina, a nation at the crossroads of myth and reality*, New York: R. Speller, p. 211.
- _____ (1980), *4 años después de la segunda fundación de la República*, Buenos Aires: Editorial Pleamar, p. 535.
- _____ (1996), *Por una ética de la responsabilidad*, Buenos Aires: Fundación Carlos Pellegrini, p. 367.

Resumen:

El presente trabajo ofrece elementos para mostrar que las ideas políticas del autotitulado “Proceso de Reorganización Nacional (PRN)” se estructuraron dentro del marco ideológico brindado por el liberalismo conservador. A través del estudio de algunos de los promotores ideológicos del PRN, se argumenta que el liberalismo conservador sirvió como aglutinante a las diferentes derechas argentinas y sentó las bases para que, con posterioridad al período dictatorial, se impulsaran las ideas neoliberales.

Palabras Clave: Liberalismo conservador; Proceso de Reorganización Nacional; Democracia; Neoliberalismo; Jaime Perriau; Ricardo Zinn.

Abstract:

This article aims to show that the political ideas of the self-named “National Reorganization Process -Proceso de Reorganización Nacional (PRN)”- were structured within the ideological frame offered by conservative-liberalism. Through the study of some of the ideological promoters of the PRN, it is argued that conservative-liberalism served as merger of the different types of argentinian rights and laid the foundations for the neoliberal ideas that were impelled after the dictatorship period.

Keywords: Conservative-liberalism; National Reorganization Process; Democracy; Neoliberalism; Jaime Perriau; Ricardo Zinn.